

## A vista de pájaro: narradores cubanos

Por: **Mónica María del Valle Idárraga \***

Una semblanza de los autores que han hecho la literatura cubana de los últimos cincuenta años precisa un álbum gordo. Incluso si es exclusivo para los narradores. Sería un álbum con fotos corales, fotos de viajeros de distintos períodos, fotos de muchos poco familiares al ojo, y en las últimas páginas, rostros nuevos. De ese álbum habría que ampliar o revelar un grupo de fotos discretas o aún en negativo para percibir con justeza lo sui generis de la literatura cubana dentro del panorama literario caribeño o mundial.

Dos rostros poco conocidos se dibujan al abrir el álbum. Enrique Labrador Ruiz, con sus novelas gaseiformes, quien se aprecia de perfil en la reciente noveleta: *El esclavo y la palabra*, escrita por Rebeca Murga. El segundo: un hombre circunspecto, de bigotico, y unos ojos clavados que delatan sus interiores tormentos; cuentista vigoroso, periodista, traductor de *El viejo y el mar*, y por algunos de sus cuentos precursor de la novela policíaca en Cuba, un género que adquirió características peculiares allí, en obras que lastimosamente circulan poco por fuera de la isla. Vemos a Lino Novás Calvo.

Saltamos esta página donde se reconocen a primera vista Dulce María Loynaz, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Nicolás Guillén, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Guillermo Cabrera Infante, Lorenzo García Vega, Antón Arrufat, y Severo Sarduy. Aquí viene, en cambio, otro en camisa de desconocido: “La Calvita”, Calvert Casey, con quien paseamos de noche por las calles habaneras. Son los suyos personajes solitarios que se aferran a un libro largo para no morir, se inventan una Marta para no estar solos, se van de viaje por las venas del amante. Hay que mirar a Calvert detenidamente, pasar esta foto para una hoja más visible.

### **Cuando salí de Cuba... dejé mi vida**

Era 1980. Saltaron el malecón por el puerto del Mariel, y se les conoció en Miami como Marielitos. Con ese estigma de quien deja un hospital mental o carga un diagnóstico psiquiátrico vivió Guillermo Rosales. Este William Figueras, protagonista de su *Casa de naufragos*, una de las dos obras que no quemó y apenas recientemente se publican, ¿será el rostro de Rosales al momento de suicidarse? En esa literatura del exilio hacia Miami, Rosales plasma, junto con Reinaldo Arenas, la inadecuación, el dislocamiento, la rabia, la imposibilidad del retorno no ya a una tierra negada, sino a un sí mismo

pretérito. Carlos Victoria, menos virulento, periodista del Miami Herald, y uno de los fundadores de la revista Mariel, junto con Reinaldo Arenas, logró más reconocimiento que Rosales. Lo sobreviven sus novelas, Puente en la oscuridad, entre ellas y cuentos, El resbaloso y otros cuentos.

### **... dejé enterrado mi corazón**

La diáspora cubana es de las más diversas y extensas del Caribe, pues a lo largo de esos cincuenta años, autores e intelectuales se han ido a poblar las latitudes más dispares. En Inglaterra, en Noruega, en Francia, en Puerto Rico, en España, en Colombia... hay escritores cubanos. Los hay que tejen su nostalgia de la isla, reconstruyendo una Cuba de ensueño, la de la infancia, la de hace cincuenta años. También los hay que entablan un diálogo con alguno de los inventores de lo cubano, Lezama Lima, por ejemplo, y en ese diálogo hallan un modo de retorno por la lengua. Esto hace René Vásquez Díaz, con La era imaginaria, un tributo con sus atributos propios. El sabor de Cuba, libro suyo de recetas cubanas entreveradas con relatos en torno a los platos, puede leerse igualmente como un gran banquete lezamiano. Jorge Ferrer suma su ópera prima, Minimal Bildung, a ese diálogo. El exilio, la memoria, la poética lezamiana, y la novela cuasi detectivesca le sirven para pintar una Cuba esquiva.

Viéndolo así, solo en ese patio, alto, con falso aire de fornido, regando unas plantas, sería fácil engañarse creyéndolo blando. Es un gesto de cariño, pero a la vez, justo, limitado. Antonio José Ponte sabe contener en su escritura pasiones turbulentas con pensamiento fino. Ha dejado por un momento la mesa con un mantel donde lucen alimentos. Y la hoja a medio escribir donde se reviven Las comidas profundas.

Muy tranquila se ve Mayra Montero, al lado de La última noche que pasé contigo. Gabriela Castellanos parece casi caleña ya, aunque Las guerras de Alejandra, tejida de patakís, esas historias de los orishas, tiene pleno sabor santiaguero. Reposada, y algo distante, Daína Chaviano, con sus ojos en lo paranormal (Gata encerrada). En esta otra foto, Daína está sobre-expuesta, como lo están una mujer con sombrero (Zoé Valdés), y una mujer con gato (Teresa Dovalpage). Hablan de hambre, sexo por dinero, ropa y comida, de matrimonios con vejetes, de ritos de santería. Hablan de turistas y de cubanos desde principios de los noventa, cuando empezó el Período Especial, hasta hoy. El hombre, la hembra y el hambre, Te di la vida entera, Muerte de un murciano en la Habana. Contra sus tres libros, la sobriedad de Ponte, o la mirada ajena de Los placeres de La Habana de Vicente Romero, o el documento testimonial, duro pero no chauvinista, de Habana Babilonia de Amir Valle, libros que contrarrestan ese enfoque de miseria que se ha ido haciendo estrategia para la literatura cubana en editoriales extranjeras.

**“All I want is a bilingual girl ...(because) two tongues are better than one”**

En Estados Unidos la literatura cubana ha tenido vertientes también. La nostalgia a veces irritada, vengativa contra Fidel (Garbageland, de Juan Abreu), a veces en proceso de duelo (los cuentos de In Cuba I was a German Shepherd, de Ana Menéndez). A veces progresivamente desprendida, elaboradora de fantasmas (La isla de los amores infinitos). O que revive Cuba desde la memoria familiar, porque su nacimiento fue el punto cero de una vida en Estados Unidos: Cristina García (Las hermanas Agüero, Soñar en cubano, Las caras de la suerte). Sonia Rivera Valdés, con Las historias prohibidas de Marta Veneranda, se pone en el lado del humor, como Roberto G. Fernández (Raining Backwards), cuyos personajes vienen de One Thousand Fires, pueblo cubano, o comen “shrimp at the little garlic” o “pulp in its own ink”, o recitan a un tal Joe Marti.

**“Yo vivo en una isla antena, una isla doble...”**

Son las últimas páginas, repletas de fotos chicas y de negativos. No todos conocidos fuera de Cuba. Tienen el malecón al fondo. El vilipendiado Pedro Juan, decididamente calvo y provocador de Animal tropical. Alberto Garrandés, concreto por esa calle por donde va, pero en un castillo en Fake o entre ensueños en Las potestades incorpóreas. Ena Lucía Portela, con Aristófanes por dentro, pero de gesto y tono decididos, la misma decisión que le exige al lector que se adentra por La sombra del caminante. Marta Rojas, con la sonrisa abierta, está en Santiago, donde Oviedo tuvo su harem de esclavas (El harem de Oviedo). Sigue F. Mond, inevitablemente cómico también en sus historias de extraterrestres (Krónicas Korodianas). Ángel Santiesteban va tras Piñera, que quiere hacerse embalsamar en Argentina (Fumando espero). Reynaldo González reconcentrado, sopesando su prosa (Al cielo sometidos).

Quedan fotos sueltas y páginas en blanco: Madeline Cámara y Víctor Fowler, con sus críticas interinas infaltables. Manuel Pereira, Senel Paz, Ronaldo Menéndez, Guillermo Vidal, Eduardo Heras León, Agustín de Rojas con su ciencia ficción; Rodolfo Paz Valero, policíaco; Mirta Yáñez, el remojo de la historia; Eliseo Alberto, mágico. Con ellos, y los poetas, los teatreros, los ensayistas que aquí no se detallan, se hace otro álbum gordo. En uno y otro se siente palpitar la literatura cubana. Vital.

**\* Mónica María del Valle Idárraga** es Ph. D en Estudios Culturales de Michigan State University. Actualmente se desempeña como docente en la Maestría en Literatura y en la Maestría en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Escribió este texto para la Agenda Cultural.